

Boletín Güemesiano Digital

19 años difundiendo *la más original y la menos conocida gesta emancipadora de América*

Gloria y honor a los Forjadores y sostenedores de la Independencia

Año 19 - Edición Nº 228- Setiembre de 2019

Autora: Prof. María Cristina Fernández



Sumario

- * **José Fernando de Abascal**, selección de textos
- * **El proceso de la Independencia**, por Miguel Ángel de Marco
- * **El rol de Güemes en la emancipación americana**, por Luis Oscar Colmenares
- * **Palabras finales**

Gloria y honor a los Forjadores y sostenedores de la Independencia

I. José Fernando de Abascal

José Fernando de Abascal y Sousa nació en Oviedo en 1743 y falleció en Madrid en 1821. Ejerció la titularidad del Virreinato del Perú durante una década (1806-1816), fue considerado por algunos autores como el líder de la contra revolución.

Apoyado por la alta clase peruana, se esmeró en recuperar el equilibrio del poder, alterado por las reformas borbónicas. Según el historiador inglés Brian Hamnett, los peruanos guardaban resentimiento contra los rioplatenses debido a la paulatina disminución del predominio político peruano que trajo como consecuencia la creación del virreinato del Río de la Plata, en 1776. El resentimiento se alió a la revancha, a nivel administrativo y comercial, entre Lima y Buenos Aires.

Los afanes del virrey y de la elite peruana se vieron alentados cuando se logró recuperar el Alto Perú para el virreinato peruano, luego de los levantamientos de La Paz y Charcas, en 1809. El alto costo de este objetivo y el interés por recuperar la hegemonía en el sur del Continente americano fueron reforzados por la reconquista del reino de Chile, en 1814. Si bien los triunfos fueron transitorios y dos años después Abascal dejó el gobierno con una abultada deuda económica en pos de esta empresa, logró convertir a Lima en el último bastión del realismo español. A derribar ese bastión estuvieron dirigidos los dramáticos esfuerzos de San Martín, Güemes y otros personajes de la época, luego de proclamar la Independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

II. El proceso de la Independencia

En *Guerra de la Independencia, una nueva visión* el Dr. Miguel Ángel de Marco sintetiza en forma clara y precisa el proceso de la independencia. El autor expone:

Múltiples, concurrentes y simultáneas fueron las causas de la emancipación hispanoamericana. En el campo de las ideas, la revolución fue anterior a 1810 y llegó de afuera: las doctrinas de la rebelión de las trece colonias de América del Norte, primero, y de la revolución francesa, después. En un plano más concreto de la existencia social convivieron el mal gobierno a través de los órganos metropolitanos y de sus ejecutores coloniales, la escasa tolerancia religiosa, la 'criollo fobia' que alejaba a los americanos de toda función pública importante, las irritantes exacciones impositivas y el descomedido uso de las riquezas minerales para enjugar los gastos de una administración peninsular ineficiente y gravosa. También cabe señalar la acción de agentes extranjeros, particularmente ingleses, que estimulaban el desafecto hacia los borbones en pos de sus propios intereses.

La revolución se produjo en un momento en que Europa ingresaba en un proceso de transformación y renovación de los métodos de trabajo, técnicas de producción y sistemas de cambio y crédito, frente a la carencia de base económica de la península y sus dominios americanos, que se hallaban en una fase de decadencia final. América hispana y en particular el Río de la Plata, alejados de la presión de las tropas francesas, tuvo una oportunidad para sus planes separatistas. La eventual pérdida definitiva de la península no debía acarrear necesariamente la caída sin lucha de las colonias. De modo que se actuó preventivamente ante la posibilidad de que las autoridades peninsulares, en un acto desesperado, hiciesen objeto a sus posesiones de una transferencia

Gloria y honor a los Forjadores y sostenedores de la Independencia

territorial a Francia, aunque ello estuviese prohibido por el pacto de incorporación de las Indias a Castilla, que en el momento y desde tiempos de Carlos III no pasaba de ser una anacrónica cláusula muerta. Una cruenta lucha de tres lustros abrió al mundo un amplio mercado hasta entonces sellado, y riquísimos territorios semi despoblados.

Para Buenos Aires, el proceso comenzó el 25 de mayo de 1810, cuando se instaló la Junta Provisional Gubernativa y terminó con la 'desobediencia' de San Martín, que rechazó desenvainar su espada en las luchas civiles y privilegió su compromiso con la gran causa de la emancipación sudamericana. Pero en realidad finalizó el 18 de enero de 1826, día en que se entregó el Castillo del Real Felipe del Callao, en el Perú. Mientras allá, todavía unidades y soldados argentinos luchaban por la independencia americana, las Provincias del Río de la Plata ya se encontraban en plena guerra con el imperio del Brasil, en la cual fue posible volcar la experiencia bélica adquirida en las campañas precedentes.

Con ceguera estratégica, el movimiento que en 1810 se inició en Buenos Aires no se propuso ab initio destruir a los enemigos que tenía en los flancos y en la retaguardia de su territorio, sino atraer a los pueblos, decisión que produjo magros resultados. Si bien la idea de apoderarse del Cuzco y de allí avanzar a Lima preocupaba a quienes contemplaban la independencia como lucha de proyección americana, los reveses sufridos en Huaqui, Ayohuma y Sipe Sipe hicieron ver que era poco menos que imposible llegar a la capital peruana por un camino plagado de obstáculos insalvables. A partir de entonces, las autoridades de Buenos Aires se circunscribieron a una actitud defensiva que no excediera los límites norteños del actual territorio argentino.

A dos años de la revolución, el levantamiento iniciado en varios países americanos con simultaneidad de causas emergentes, había sido sofocado en casi todas partes, sólo Chile y Buenos Aires resistían. Los fracasos sufridos en el Paraguay, en el Alto Perú y en ocasiones en la Banda Oriental no alteraron el plan inicial de atraerlos, porque pese a todo se mantuvo la esperanza, cada vez más remota, de volver a reunir esos territorios.

Fue San Martín el artífice de un cambio fundamental en la estrategia revolucionaria, cuando probó que el camino del norte no era el indicado para llegar a Lima y puso su decisiva influencia e intervención al servicio del plan de proyección continental que concebía de atacar a los realistas en la base de sus recursos y en el centro mismo de su poder.

Para alcanzar tales fines era imprescindible proclamar la independencia con el propósito de superar el estado de mera insurgencia. El congreso de Tucumán adoptó el nombre de Congreso Soberano de las Provincias Unidas del Río de la Plata, pero en la declaración solemne y después del 9 de julio de 1816, interpuso el título de Provincias Unidas de Sud América. Y aunque mantuvo el uso indistinto de ambas denominaciones, la nueva designación fue adoptada en el Reglamento de 1817 y en la Constitución de 1819. Las instrucciones de Pueyrredon a San Martín revelan que la campaña de Chile no iba a ser una guerra de conquista sino de liberación y de ayuda desinteresada, y de ellas surge también la idea de la autodeterminación de los pueblos. La unión entre ambas naciones aparece como un deseo vagamente expresado de llegar a una consolidación política americana pero sin imposiciones ni predominios.

San Martín eligió los campos de batalla y las armas le fueron favorables. Sus fuerzas victoriosas incorporaron al Perú, el único país de la región reacio al movimiento independentista. De ese modo, debido al nuevo impulso, la revolución prorrumpió de su centro rioplatense y concentrándose en las regiones andinas tomó carácter decididamente americanista. Buscó escenarios más amplios para lograr la

Gloria y honor a los Forjadores y sostenedores de la Independencia

independencia del conjunto de cuya suerte dependían las partes. Este pensamiento no se limitó a dar libertad a una región, regiones o provincias individuales en que había estado dividido el imperio hispánico, sino que era el ideario que había inspirado a las primitivas logias en Londres y en Cádiz.

Más adelante, De Marco expresa:

Los ejércitos sanmartinianos y bolivarianos libertaron militarmente a todas las naciones del Pacífico pero no lograron congregarse ni siquiera parcialmente. Bolívar planeó organizar en el futuro un sistema americano, con las nuevas naciones que nacían a la vida independiente. Los grandiosos planes no pudieron cumplirse, ni siquiera llegaron a tener principio de ejecución, pues no pasaron de los actos preparatorios. Prevalió el acentuado espíritu localista, en cuya virtud cada país se preocupó por asegurar su propia independencia, con dificultades, luchas civiles y guerras con los vecinos.

Finalmente, De Marco concluye afirmando que la generosa idea americanista fue perdiendo vitalidad, dando paso al regionalismo. Por él cada país aseguró su propia independencia.

III. El rol de Güemes en la emancipación americana

En el artículo *Bernardo Frías, descubridor de Güemes*, Luis Oscar Colmenares transcribe y comenta distintos apartados de la obra *Historia del general Martín Güemes y de la provincia de Salta*. Frías expresa que en 1816 los dos capitanes de la guerra de la Independencia eran San Martín y Güemes.

Así estaba combinada y así se completaba la obra del uno y la del otro. Pero la realizada por Güemes en Salta, parecemos superar en méritos a la de San Martín en Mendoza, tanto cuanto fue superior en dificultades su realización. Porque no son comparables los escollos que se hubo de vencer en Salta, con aquellos que se vencieron en Mendoza. En esta región rica y floreciente, el comercio y la antigua prosperidad había continuado casi sin alteración hasta 1814, época en que volvió a caer Chile en manos españolas; en cuyo espacio había conservado el tráfico de su actividad mercantil por las dos puertas que le brindaba su situación geográfica: Buenos Aires y la cordillera. Por esa circunstancia Cuyo había vivido hasta entonces indemne del azote de la guerra. Pero Salta ya era un montón de ruinas cuando Güemes se hizo cargo de sus destinos, como que contaba siete años que la invadían los ejércitos beligerantes: el realista, talando y destruyendo por sistema; el de la patria, reponiéndose con el consumo de sus recursos, de sus fortunas y de sus ganados, calamidad suficiente para acabar con el último grano del haber. A la par de todo esto estaban las demás consecuencias propias de una tal situación, con que seguían las cadenas de sus lástimas. Su agricultura estaba perdida en razón de haberse consumido sus boyadas en el tiro de los convoyes y carros del ejército, y al movimiento mercantil de otros días, había sucedido una paralización y enflaquecimiento de su comercio con el Perú, que era su manantial inagotable y perenne de recursos, y una miseria general y creciente a su prosperidad y riqueza.

Gloria y honor a los Forjadores y sostenedores de la Independencia

Al hacerse cargo San Martín del gobierno de Cuyo, llevaba consigo la provisión del gobierno; nadie le discutió su título ni le formó oposición. El Director Supremo era todo suyo en 1816, y tan comprometido lo tenía, que todas sus miradas y atenciones, todos los recursos de la nación, desde el armamento hasta el dinero eran para San Martín, llegando al punto de arrancarse regimientos enteros del campamento de Tucumán para poblar más rápidamente el de Mendoza; a todo lo cual agregaba años de pacífica posesión, distancia de las alarmas y un país nuevo en la lucha y relativamente floreciente. No sucedía otro tanto con Güemes; porque, lejos de ellos, llegó al gobierno con grande contrariedad, escalándolo por sus propios esfuerzos, sin más apoyo que el de sus conciudadanos.

Más adelante, Frías destaca que Güemes y San Martín no fueron rivales sino amigos.

Apreciaba San Martín a Güemes en el grado y concepto que su espíritu clarividente y superior conocía el valer de los hombres; y Güemes apreciaba a su antiguo general con el respeto que le merecía la jerarquía y el talento; por lo que ambos se entendieron y se esperaron, hasta convenir y preparar, cuatro años más tarde, una doble y definitiva campaña sobre el Perú, a cuya gloriosa consumación saldrían a oponerse acontecimientos por demás tristes y funestos.

Semejantes eran en las obras que realizaron y también en sus cualidades físicas y morales. En la aplicación de su carrera, por ejemplo, seguía el uno la escuela clásica de la guerra, porque con elementos de esta naturaleza tenía que formar sus legiones y llevar lejos de su propia tierra sus expediciones militares; pero Güemes, destinado a operar a la defensiva por la naturaleza y duro imperio de las circunstancias, y a rechazar las invasiones antes que a llevarlas, descubría con pasmosa penetración en los recursos, en los accidentes y rasgos de la naturaleza de su provincia y en las condiciones personales de sus moradores, nuevo y extraordinario sistema de guerra, no aprendida por cierto ni enseñada en las escuelas; nueva y extraordinaria táctica sin precedentes en la historia del mundo, la cual para que fuera más admirable y meritoria, debía desenvolverse dentro de la escasez y la miseria que lo rodeaba todo, y de la indiferencia nacional que lo cubría; transformándose, por todas estas creaciones y por el manejo de tan complicado laberinto, en el prototipo de lo extraordinario.

A decir verdad, la estrella que los guiaba debía iluminarlos con iguales luces en el camino de la prosperidad y de la gloria, como en el que los llevara al desenlace final en su obra y en su vida. Y esto decimos no solo porque cooperaban a la unidad de la obra de la emancipación, no solo porque acordaron terminarla juntos, porque tropezarían con idéntico insuperable escollo que los alejaría del escenario en lo más alto de su carrera, el uno con Bolívar, el otro con Aráoz, transformados en émulos envidiosos de sus glorias, sino porque ni el uno ni el otro alcanzaría la inefable satisfacción de ver coronada por sus personales esfuerzos la obra de la independencia de América que aseguraron y fijaron desde sus cimientos. Que así San Martín desaparecerá inoportunamente del palenque para ir a morir en el ostracismo, como Güemes desaparecerá igualmente en el cenit de su carrera, muriendo por bala española. Puédese entonces afirmar, sin pecado de exageración, que San Martín, Bolívar y Güemes forman, por la magnitud de la obra realizada, por su enlace y conexión tan íntima, tan firme e inseparable, la trípode gloriosa sobre la que descansa, por los siglos, el augusto edificio de la independencia americana.

Gloria y honor a los Forjadores y sostenedores de la Independencia

Colmenares comenta que muy poco habría que corregir a lo que Frías escribió, señalando que Atilio Cornejo decía que las palabras de Frías habían sido tildadas de pasión por quienes no alcanzaron a comprender la obra de Güemes. Con el correr de los años y descubiertos los documentos correspondientes, no hay exageración sino verdad que se abre paso, nítida y claramente, afirma Colmenares. Luego expresa:

Güemes se dedicó hasta su muerte, ocurrida cinco años más tarde, al cumplimiento de la extraordinaria misión que le encomendó el director Pueyrredon: defender la libertad y la independencia de las Provincias Unidas del Sur y, a la vez, velar por la seguridad del Ejército del Norte. Y cuando el 8 de junio de 1820, ya disuelta la autoridad central de las Provincias, el Jefe del Ejército de los Andes le encomendó desde Chile que partiera por tierra hacia el Perú, mientras él lo hacía por mar, también se aprestó a cumplir esta nueva e importantísima misión pero el gobernador Bernabé Aráoz, primero, los revolucionarios salteños, después, y el sorpresivo ataque hispano que terminó con su existencia, por último, se lo impidieron.

Resulta, por tanto, que un mes antes de entrevistarse con San Martín en Córdoba –para convenir la formación del Ejército de los Andes y la Expedición a Chile- el Director Pueyrredon se entrevistó con Güemes en Cobos, para convenir que el gobernador de Salta se hiciera cargo de la defensa de las Provincias Unidas. Y como bien dice Frías, mientras San Martín fue largamente auxiliado por Pueyrredon, Güemes solo contó con el ascendiente sin par que tenía sobre sus gauchos y con los recursos –espontáneos o forzosos- de los salteños y jujeños.

Y así tenemos que mientras San Martín es el libertador de Chile y el co-libertador del Perú; Bolívar el libertador de la Gran Colombia y también el co-libertador del Perú; Güemes es el máximo defensor de la libertad y la independencia de las Provincias Unidas del Sur, o, más propiamente, de la República Argentina.

Con esas palabras, Luis Oscar Colmenares cierra su escrito sobre Bernardo Frías, a quien considera el genuino descubridor de Güemes y quien revela en su obra –a la vez- el sacrificio de Salta y Jujuy en la lucha por la emancipación.

Palabras finales

En el día en que la primavera abre sus fulgores a la esperanza y a la paz, agradezco a los lectores que periódicamente se comunican alentando la permanencia del Boletín. Su propósito es difundir la gesta emancipadora y para ello se abreva en distintos autores y documentos, procurando esclarecer distintos aspectos de la lucha.

Tras diez y nueve años de permanencia, el objetivo se mantiene y fortalece toda vez que alguien envía sus aportes y comentarios sobre los temas tratados. Feliz primavera.

Buenos Aires, 21 de setiembre de 2019

*Prof. María Cristina Fernández - martinmiguelguemes.com.ar
mariafernandez@speedy.com.ar - macachita@gmail.com*